

ANACICLOSIS Y TIEMPO DEL MITO EN LA *HISTORIA ÍNDICA* (1572) DE PEDRO SARMIENTO DE GAMBOA¹

Joaquín Zuleta Carrandi

Universidad de los Andes
Santiago, Chile
jzuleta@uandes.cl

RESUMEN / ABSTRACT

El artículo hace una revisión de dos conceptos de la historiografía antigua, anaciclosis y epirosis, con el objeto de aplicarlos a la *Historia indica* de Sarmiento de Gamboa. Enseguida se establece una comparación entre la historia circular –con que el autor representa la genealogía incaica– y la noción de historia lineal que reclama fray Bartolomé de las Casas para entender, desde Occidente, la cultura de todos los indios americanos y particularmente para los incas, quienes serían los máximos exponentes de la ley natural en las Indias. Finalmente, el presente trabajo propone una reflexión respecto de la posibilidad de que Sarmiento de Gamboa hubiese hecho confluír en su narrativa histórica la anaciclosis latina y el tiempo del mito en los Andes, con el fin de dotar de mayor fuerza persuasiva a la *Historia indica* frente a sus dos destinatarios, separados espacial y culturalmente: Felipe II y los ayllus reales del Cusco.

PALABRAS CLAVE: anaciclosis, epirosis, incas, mito, historia andina, tiempo circular.

¹ Esta investigación forma parte del proyecto FONDECYT 1212043, “La conquista del pasado andino: formación y desarrollo del género historiográfico de las crónicas de los incas (siglos XVI-XIX) en el ámbito de la cultura hispanoamericana colonial”.

ANACYCLOSIS AND TIME OF MYTH IN *HISTORY OF THE INCAS* (1572) BY
PEDRO SARMIENTO DE GAMBOA

The article reviews two concepts of ancient historiography, such as anacyclosis and epyrosis, in order to apply them to the *History of the Incas* by Sarmiento de Gamboa. Next, a comparison is established between the circular history –with which the author represents the Inca genealogy– and the notion of linear history that Fray Bartolomé de las Casas claims to understand, from the West, the culture of all American Indians and particularly for the Incas, the greatest exponents of natural law in the Indies. Finally, a reflection is proposed on the possibility that Sarmiento de Gamboa could make the Latin anacyclosis and the time of myth in the Andes converge in his historical narrative, in order to provide greater persuasive force to the chronic against its two readers, spatially and culturally separated: Phillip II and the royal ayllus of Cusco.

KEYWORDS: anacyclosis, epyrosis, Inca, myth, Andean history, circular time.

Recepción: 05/03/2022

Aprobación: 11/04/2022

La *Historia índica* de Pedro Sarmiento de Gamboa es un texto que ha sido bastante estudiado y discutido desde su descubrimiento por Wilhelm Meyer en la biblioteca de la Universidad de Gotinga, Alemania, en 1893, y publicado por primera vez por Richard Pietschmann en 1906². Es muy frecuente su uso como fuente para la historiografía del antiguo Perú y suele ser citada por historiadores, antropólogos, etnohistoriadores y arqueólogos. Sin embargo, todavía hay muchas dimensiones del texto en las que no se ha indagado, particularmente su forma y estructura desde la perspectiva de la tradición historiográfica de la Antigüedad clásica³.

Sabemos que la *Historia índica* se enmarca dentro de un proyecto mucho más amplio llevado a cabo en el Perú colonial por el virrey Francisco de Toledo.

² González reconstruye de forma pormenorizada la historia del manuscrito de la *Historia índica*, desde el Cusco a Gotinga, en “Three-Century Journey”.

³ Además del estudio general de Lupher sobre patrones de la Antigüedad que perviven en los textos indios, una valiosa aproximación a la tradición clásica en el ámbito de la crónica incaica se encuentra en los trabajos de Sabine MacCormack. La autora indaga sobre los modelos que operan en el origen de la genealogía fundada por Manco Cápac (“Classical” 38-40) y en los referentes historiográficos que pudieron haber tenido a la vista Toledo y Sarmiento de Gamboa, tales como Cicerón, Salustio o Alfonso X (*On the Wings* 57-58).

En efecto, Toledo había concebido ya en España la idea de zanjar de una vez la polémica en torno a los justos títulos de Castilla sobre las Indias, tal como se acordó en la Junta Magna de 1568. Habían transcurrido dos años desde la muerte de fray Bartolomé de las Casas, el principal defensor de los indios y objetor de la soberanía de la Corona sobre el territorio americano, de modo que la administración de Felipe II buscó superar los cuestionamientos de Las Casas y los dominicos, que paradójicamente habían sido los promotores de la Junta Magna, pero cuyo resultado significó un duro revés para quienes impulsaban la defensa de los nativos americanos⁴. Todo indica que el virrey tenía ya un juicio muy claro respecto del pasado prehispánico en el Perú: independientemente del resultado de las investigaciones sobre los incas realizadas por Sarmiento de Gamboa y el círculo Toledano entre 1570 y febrero de 1572, el texto final de la crónica debía equivaler a una sentencia firme sobre los reyes incas desde Manco Cápac hasta Atahualpa, operación cuya consecuencia directa implicase el fin de los privilegios de las élites incas que habitaban en el Cusco; es decir, la desautorización pública tanto de los curacas como de los herederos de los reyes, estos últimos organizados en *ayllus* o *aillos* y asociados a diferentes barrios y parroquias de la ciudad.

Todavía más, el resultado directo de la *Historia índica* permitiría socavar la jerarquía que mantenían los descendientes de Manco Inca en el reducto rebelde de Vilcabamba, cuestión que se consolidó con la ejecución del joven príncipe Túpac Amaru en septiembre de 1572 y el despojo de la familia del rico encomendero don Carlos Inca, sobrino de Manco⁵. De este modo, es posible considerar que el virrey Francisco de Toledo concibió una forma específica para el texto incluso antes de llegar a tierras peruanas, acaso por la influencia del licenciado Juan de Matienzo y su texto titulado *Gobierno del Perú*, donde se plantea la ilegitimidad del dominio incaico y se vierte formalmente la acusación de tiranía. Según Isacio Pérez, Toledo habría visto aquí “la clave para su propio gobierno” (470-473)⁶. De modo que la hipótesis de la *Historia índica* sería anterior al texto; sin embargo, la modelación debía vincularse, hasta cierto punto, con la manera en que los indios del Perú recordaban su pasado.

⁴ Respecto de la preparación de la Junta Magna y sus consecuencias en el Perú, ver Pérez Fernández (380-497).

⁵ Levillier (I, 361-396); Murra 103; Zuleta y González 43.

⁶ Ver el estudio pormenorizado de la obra de Matienzo en Morong Reyes. Respecto del concepto de tiranía aplicado a los incas por Sarmiento, ver Mumford 99-117.

Es así como entra en escena el cosmógrafo y navegante Pedro Sarmiento de Gamboa, veterano servidor de la corte virreinal, dispuesto a emprender la recolección de informaciones y la redacción de la crónica teniendo presente los propios objetivos pragmáticos que habrían motivado la composición del documento⁷. Sin duda, el círculo toledano debió discutir sobre estas materias durante la visita general del Perú, momento en el cual Sarmiento y otros funcionarios hicieron una cuidadosa recopilación de materiales históricos a partir de una serie de entrevistas con los “más prudentes y ancianos, de quien se tiene más crédito” (*Historia indica* 47) conocidas como las *Informaciones*⁸. Pero, ¿de qué manera darle un orden coherente a ese material con los objetivos trazados por Toledo? ¿Su estructura estaría determinada por la genealogía de la dinastía incaica? ¿Cómo lograr que los lectores del texto –incas o castellanos– fueran irremediabilmente conducidos a aceptar la hipótesis de la tiranía y el fin de ciclo incaico? ¿Qué papel jugaría Francisco Pizarro y sus huestes? ¿Cómo exaltar la función de la Providencia en el proceso de descubrimiento y conquista?

En el presente artículo me propongo abordar la estructura que sostiene la *Historia indica* de Pedro Sarmiento de Gamboa con especial atención a los modelos historiográficos que pudo utilizar con el fin de conseguir sus objetivos: deslegitimar de manera contundente el gobierno de los incas bajo la acusación y demostración de tiranía⁹, pero además sentar de manera sólida el fin definitivo del gobierno incaico; esto es, poner una lápida sobre cualquier esperanza de restitución política del incario, cuestión que apuntaba directamente a los incas rebeldes de Vilcabamba. Parto de la premisa de que la misma forma en la que el texto se articula lograría demostrar de manera incontestable el carácter injusto y opresivo de la dinastía incaica, y su irreversible final. Y con ese objetivo sería muy importante contrastar distintas formas de concebir la historia en el texto, uno válido para los incas y otro para los cristianos.

Si atendemos al exordio de la *Historia indica* y sus primeros capítulos, advertimos que Sarmiento opone dos modelos de gobierno: el tiránico de los incas con la justa monarquía de Felipe II, Carlos V y los Reyes Católicos. Mientras los incas roban, despojan y maltratan a sus súbditos, los reyes de

⁷ Para entender la caracterización de Sarmiento en cuanto “hombre de saber” en el texto de la *Historia indica*, ver Benites, 62-64.

⁸ Las *Informaciones* han sido recogidas por Levillier (II) y Merluzzi.

⁹ Respecto de este proceso, ver Millones Figueroa.

Castilla premian y benefician a los suyos: “propio es de reyes dar” (13-14). A partir de esta comparación, y una vez avanzada la lectura de la crónica, es posible afirmar que Sarmiento entabla un marcado contraste entre dos genealogías reales: la de los Austrias, y Trastámara, con la genealogía de los reyes incaicos. Mientras la primera desciende del mismo Noé a partir de su heroico nieto Tubal, que Sarmiento extrae del falsario Anio de Viterbo¹⁰, el origen de los incas responde a la codicia, vanidad y perfidia de los hermanos Ayar, particularmente de Mama Ocllo y Manco Cápac, cuyo modelo obedece al Mahoma descrito por Pedro de Mejía (Zuleta 149-150).

El método comparativo se proyecta todavía más lejos: Toledo y Sarmiento buscaron exhibir una insalvable diferencia en los ámbitos de existencia de incas y españoles, y para eso decidieron representarlos en esferas temporales completamente distintas, porque concebir el universo de acuerdo con ideas discordantes del tiempo hace incompatible la convivencia entre esos sujetos; es decir, instala entre ellos una distancia ontológica y cognitiva que no puede ser superada una vez que se produce el encuentro: la coincidencia espacial no puede anular el devenir histórico particular de cada grupo. Un programa literario de esta naturaleza habría sin duda contribuido a poner a los incas en la imperiosa necesidad de ser corregidos desde sus mismas bases existenciales, a la vez que sugerían el necesario sometimiento de la cultura incaica a la órbita propiamente occidental y cristiana.

Para lograr esta operación, Sarmiento ocupó una fórmula exitosa en la representación de los indios en la literatura del siglo XVI; a saber: su asimilación con el mundo pagano, precristiano y siempre ligado a la idolatría¹¹. Con ese objetivo en mente, optó por modelar la historia del incario en los parámetros propios del mundo antiguo, específicamente bajo un concepto que la tradición historiográfica ha dado en llamar anaciclosis; esto es, la idea de que las naciones obedecen al ciclo natural de los seres vivos, con un origen, crecimiento, auge y declive. Dicha representación, enmarcada en una historia circular, generaría un vivo contraste con la historia lineal que propusieron

¹⁰ La referencia a Tubal de la *Historia índica* (30), ha sido estudiada por González (*Del Génesis*); también aparece en la carta en latín a lord Burghley de Sarmiento de Gamboa, editada y traducida por Zuleta y Eichmann.

¹¹ Este proceso se dio ya con Colón y Cortés, lo que fue cristalizado por López de Gómara en el famoso proemio a Carlos V de su *Historia general de las Indias*. El concepto de asimilación u occidentalización del indio americano ha sido tratado por varios estudiosos del ámbito colonial. Ver, por ejemplo, los ya clásicos estudios de O’Gorman (21-67) y Gruzinski (9-13).

Paulo Orosio y san Agustín en el siglo V, y que constituye los cimientos de una concepción de la existencia humana que se orienta hacia las postrimerías y la salvación de las almas. De esta forma, los conquistadores castellanos van a aparecer siempre del lado triunfante de la historia universal; es decir, del lado de la Providencia divina.

ANACICLOSIS Y ECPIROSIS

Como suele señalarse, la concepción del tiempo para los antiguos griegos y romanos estaba dada por su idea de tiempo cíclico. Ya en Platón y en los estoicos aparece la noción de ciclo cósmico, el que se renueva cada varios miles de años¹². Así, encontramos esta visión del tiempo en Heródoto y Tucídides, pero quien finalmente lo fija en la tradición historiográfica es Polibio (Balmaceda 67). El concepto de anaciclosis responde a dos dimensiones: la primera y más conocida se refiere a la sucesión de los regímenes políticos, que comienza en gobierno de la fuerza o monarquía, sigue con el reino o régimen de la razón, deviene en aristocracia y después en democracia para degenerar en gobierno del vulgo u oclocracia, completando el ciclo que, seguramente, volverá a comenzar con la monarquía. Esta idea fue planteada por el historiador griego Polibio en el siglo II a.C. y cuyo modelo, al parecer, estaba en las ciudades griegas, aunque él mismo intentaba pergeñar el acontecer del imperio romano en su *Historia universal* (VI, 7-10) y sin duda reivindicar el régimen de la constitución mixta (Martínez Lacy). Sin embargo, la dimensión de anaciclosis que nos interesa para el caso puntual de la *Historia índica* es aquella que juzga el devenir de los imperios en una franca analogía con los seres vivos, de modo que nacen, crecen, alcanzan su auge y finalmente declinan y mueren. Se trata entonces de incorporar los principios rectores del acontecer político de una ciudad o reino al orden de la naturaleza, a un modelo biológico cuya comparación surge de la observación, la experiencia y el sentido común. Si bien esta idea tiene su origen en el mundo antiguo, va a ser rescatada en el Renacimiento por autores como Maquiavelo, Patrizi (Burke 104-107) y Nebrija para el caso hispánico¹³, y

¹² Ver el *Timeo* (22d y 23e) de Platón, una de las fuentes de la *Historia índica*, citada explícitamente por Sarmiento.

¹³ Adorno (*Colonial* 8-9) afirma que la famosa frase de Antonio de Nebrija en su *Gramática de la lengua castellana* de 1492 ha sido mal entendida: “que siempre la lengua fue compañera del imperio; y de tal manera lo siguió, que juntamente comenzaron, crecieron

llegará a los Andes peruanos de la mano de Francisco de Toledo y Sarmiento de Gamboa.

El modelo de la anaciclosis fue exitoso en la filosofía y la historia durante la Antigüedad, pero sería impugnado en la Edad Media, cuando surgió la concepción cristiana del tiempo, cuya visión establece que el mundo solo fue creado una vez y sigue su devenir sin posibilidad de repetirse. El ser humano transita en una *peregrinatio* en dirección a la salvación:

La interpretación cristiana de la historia tiene un principio, una dirección y un final representados por la Creación, la encarnación de Jesucristo y el Juicio Final. De esta manera, los hechos históricos se suceden en función de un *télos* o fin; el cambio histórico estaba, entonces, orientado hacia una meta y su acaecer se podía representar no con un círculo, sino con una línea o, mejor, con una flecha. (Balmaceda 67)

La noción de historia cíclica fue descartada por Paulo Orosio y severamente atacada por san Agustín. Orosio ejecuta una operación inédita hasta el siglo IV: aplicar la noción cristiana de historia lineal a toda la Antigüedad y el mundo pagano, y de esta manera amplió el foco del cristianismo mucho más allá de sus posibilidades estrictamente cronológicas, logrando infundir el mensaje cristiano en la historia universal. En este nuevo entendido, la historia secular de Roma entra a formar parte del plan divino, de manera que la historia romana sería dotada de un claro propósito evangélico provisto por la Providencia (Fear 182). Ahora el mundo no sería ya un conjunto indeterminado de ciclos, sino un viaje que se dirige directamente a la parusía o segunda venida de Cristo. Por lo tanto, toda la historia del ser humano sobre la Tierra, gracias a la interpretación de Paulo Orosio, abrazaría un sentido que supera cualquier interpretación particular. En este contexto, el imperio romano habría jugado un papel fundamental: preparar las condiciones para una suerte de “monoteísmo político”, punto en el que coincide el reino de Augusto y el nacimiento de Jesús (Löwith 215).

Por su parte, San Agustín sostuvo que la anaciclosis no es más que una mera ilusión, un sueño pernicioso porque carece de la virtud de la esperanza frente

y florecieron, y después junta fue la caída de entrambos” se refiere justamente a una relación entre el modelo biológico de los imperios en relación con el desarrollo de la lengua que los conecta, en este caso el latín, según la interpretación que hace el filólogo Lorenzo Valla. De esta manera, para Nebrija, potenciar la lengua castellana implicaba reforzar la vitalidad del naciente imperio de Fernando e Isabel.

a un inexorable *fatum* (Löwith 199-202). No es que los cristianos deban huir del círculo de los paganos, sino que afirma que dicho círculo sencillamente no existe (Fear 179). De hecho, el santo relaciona esta visión del tiempo y del mundo con la vileza: solamente los malvados vagan en círculos, según leemos en *Ciudad de Dios*:

Pues Cristo murió una sola vez por nuestros pecados, pero resucitando de entre los muertos ya no muere, y la muerte ya no ejercerá su dominio sobre él, y nosotros tras la resurrección siempre estaremos con el Señor, al que ahora decimos lo que el salmo sagrado aconseja: “Tú, Señor, nos guardarás y nos preservarás desde esta generación hasta la eternidad”. Pero a estas palabras creo que conviene bastante lo que sigue: los impíos vagarán en círculos; no porque su vida vaya a repetirse en los ciclos que estos proponen, sino porque tal es el camino de su error, es decir, su falsa doctrina. (XII,14)

Estos círculos del error en el que vagan los paganos serán actualizados por Sarmiento de Gamboa en la *Historia índica*, y los desorientados caminantes ya no van a ser paganos, sino incas que caminan embaídos –es decir, engañados o embobados– tras Manco Cápac en dirección al valle del Cusco.

Un concepto complementario con la anaciclosis es la epirosis, también idea de cuño clásico que se refiere a un desastre, cataclismo o catástrofe final, noción que podemos retrotraer hasta los filósofos estoicos. Quien mejor representa esta idea en el canon historiográfico latino es Tácito, del siglo II, el que conjuga anaciclosis y epirosis en sus *Anales* e *Historias*. En los *Anales* (I, 1) sostiene que el principado de Augusto inaugura un nuevo comienzo –un nuevo ciclo que más tarde se conocerá como *pax romana* o augusta– después de las guerras civiles que habían enfrentado a Vitelio y Vespasiano el año 69, una de cuyas escenas más memorables fue el incendio del Capitolio según relata vivamente el escritor en el tercer libro de sus *Historias*, desastre que marca el final de una era y que ha sido identificado con la epirosis (Fear 176).

Tanto anaciclosis como epirosis e historia lineal están presentes, en un nivel conceptual, en la crónica de los incas elaborada por Pedro Sarmiento de Gamboa. Mi hipótesis es que el autor redacta la *Historia índica*, desde Manco Cápac hasta Atahualpa, según el modelo de la anaciclosis en el sentido aquí señalado: la cronología obedece al ciclo de la naturaleza fijado por Polibio; se trata de un imperio que nace, crece y alcanza su auge político y territorial

con Pachacuti y Topa Inca, para luego declinar con la guerra civil entre Guáscar y Atahualpa, cerrando un ciclo vital y político que coincide con la idea de catástrofe o epirosis. Una vez que el imperio inca colapsa por un funesto proceso de decadencia y autodestrucción, será el turno de pasar a la edad definitiva de la Providencia, marcada por la llegada de Francisco Pizarro y sus huestes, las que barren las cenizas del señorío incaico e instalan una nueva era, de forma que los incas deberían dejar de dar vueltas en círculos para abrazar la fe de Cristo e integrarse a la historia lineal de la humanidad.

En esta lógica, la *Historia índica* alberga dos concepciones completamente contrapuestas: la anaciclosis para la narración de la genealogía incaica, que está incrustada o superpuesta en la historia lineal del mundo, estructura general que aparece en el exordio de la crónica y al final de la narración histórica del Tahuantinsuyo. Así, los incas y su idea del tiempo histórico no son más que un paréntesis de la historia universal, un error que, según Toledo y Sarmiento, debería ser enmendado cuanto antes. Estas dos estructuras históricas, que resultan mutuamente excluyentes y están muy bien diferenciadas en términos de jerarquía y valoración cultural, constituyen el entramado textual e ideológico sobre el que se edifica *Historia índica*.

ORIGEN Y CRECIMIENTO DE LOS HERMANOS AYAR Y SUS DESCENDIENTES

En el exordio de la *Historia índica*, el autor perfila de manera elocuente el programa de la obra. En primer lugar, queda establecida una relación bastante estrecha entre el devenir político de España y las disposiciones de la Providencia divina. Esta cercanía adquiere, para Sarmiento la connotación de un pacto: Dios beneficia a los reinos castellanos por medio de ricos tesoros materiales porque la monarquía protege y promueve a la Iglesia Católica mediante un plan de conquista de territorios y castigo de herejes y musulmanes, obra santa que habría comenzado con los Reyes Católicos, “dándoles oficio apostólico, escogiéndolos entre todos los reyes del mundo por nuncios evangelizadores de su divina palabra en las remotísimas e incógnitas tierras destes bárbaros gentiles, que agora llamamos Indias de Castilla” (15)¹⁴. Este pacto habría sido sancionado y bendecido oportunamente

¹⁴ Como bien demuestra Pérez Fernández, la misma idea ya estaba presente en el *Parecer de Yucay* y también en José de Acosta (54-57; 119). Por ese y otros motivos Pérez

por el papa Alejandro VI con las bulas que reconocían la jurisdicción de Castilla en América. Como podemos ver claramente, en el comienzo de la crónica estamos de lleno en los dominios de la Providencia, que instala una relación muy estrecha con la España imperial.

Siguiendo con la versión de Sarmiento, se dice que el demonio excitó la envidia de príncipes extranjeros para que se entrometieran en Indias, pero, más grave todavía, fue instigador de los dominicos y en particular del “obispo de Chiapa”, fray Bartolomé de las Casas, para sembrar la duda respecto de la justicia de la donación papal y la legitimidad del patronato frente a la reprochable conducta de los castellanos en las Indias. Esta defectuosa información, que pondría todo el edificio indiano en riesgo, vendría a ser corregida –según Sarmiento– por el flamante virrey del Perú, Francisco de Toledo, quien se comprometió a escribir una relación apropiada y que acabase con cualquier escrúpulo de la conciencia real. El producto de ese esfuerzo estaría justamente la *Historia índica*, cuyo fruto “será perpetuo, como emanado de fundamentos y razones sólidas” (17).

En seguida, Sarmiento se refiere a la visita general del Perú y uno de sus objetivos principales: recolectar información sobre “la terrible, envejecida y horrenda tiranía de los ingas tiranos que fueron en este reino del Pirú”, con el objeto de “desengañar a todos los del mundo que piensan que estos dichos ingas fueron reyes legítimos y los curacas señores naturales desta tierra”. El autor declara que los curacas son líderes tiránicos impuestos por el décimo inca de la genealogía, Topa Inca Yupangui, “el mayor y más atroz y dañoso tirano de todos” (19-20)¹⁵. En este momento podemos advertir que el programa de la obra queda dibujado porque el auge del imperio incaico coincidirá con el gobierno de Topa Inca Yupangui, quién alcanzará la cumbre del poder justo antes de que la genealogía comience su declive. Como puede advertirse, también se establece un hábil correlato entre poder y maldad; es decir, mientras mayor desarrollo político, territorial y administrativo logre la dinastía incaica, su gobierno será todavía más inicuo y dañino para aquellos

sostiene que Sarmiento utilizó el *Parecer* como una de sus fuentes. La asociación providencial entre las acciones a favor del cristianismo por parte de Fernando e Isabel y el descubrimiento de las Indias podemos remontarla hasta el mismo *Diario de Colón* (Zamora 21-38). De modo que Sarmiento echa mano de recursos argumentativos ya probados por la ideología imperial.

¹⁵ El dato de que Topa Inca fue el mayor conquistador de los incas ya aparece en las *Informaciones* del virrey Toledo (Merluzzi, 76-96), de modo que Sarmiento va a procesar este reporte e integrarlo de la manera que considere más eficiente al programa y fines pragmáticos de la *Historia índica*.

que Sarmiento llama “los naturales” del Perú. En este sentido, estamos frente a un esplendor puramente negativo.

Hacia el final del exordio, Sarmiento explica el porqué ha intitulado a su crónica *Segunda parte de la historia índica*. El motivo es que el plan general de la obra se divide en tres partes, de la cual solo la segunda está terminada. La primera parte consistiría en una historia natural que en este caso se trata de una completa descripción geográfica del territorio; mientras la tercera se haría cargo de la historia de la conquista del Perú hasta el presente de enunciación del autor, lapso al que Sarmiento nombra como “los tiempos del Evangelio”. De este modo, la delimitación entre la anaciclosis incaica e historia lineal cristiana queda perfectamente asentada por la disposición material y editorial de una crónica organizada en tomos diferentes y declarada en el texto en términos de “división de la historia” (23). Es así como el exordio transparente de manera elocuente las intenciones trazadas por el autor en la representación del ciclo incaico y su disolución final, que coincide con la “muerte de Guáscar, último de los ingas” (23).

El autor se aventura a relatar los comienzos de la historia humana en el Perú desde tiempos antiquísimos. Empieza haciendo una descripción geográfica del mundo y luego expone la teoría del poblamiento de las Indias basada en el relato de la Atlántida de Platón en el *Timeo*. Los europeos habrían poblado la isla Atlántida, cuya parte occidental sobrevivió a la catástrofe y entonces sus habitantes quedaron aislados de Europa hasta el viaje de Cristóbal Colón. Más tarde el autor relata la historia de la creación de los seres humanos por el dios Viracocha según la cosmogonía incaica. Después de un intento fallido con gigantes que perecieron en el diluvio *uno pachacuti*, Viracocha crea a los seres humanos en Tiahuanaco haciendo uso de unas grandes piedras o losas. Luego de que el dios creador abandona el Perú, los hombres viven en behetrías: “todas las poblaciones, que incultas y disgregadas eran, vivían en general libertad, siendo cada uno solamente señor de su casa y sementera” (43). En caso de guerra surgía un líder que fue llamado *cinche*, quien se atenía estrictamente a las funciones de un capitán temporal, cuestión que el autor quiere demostrar por medio de la etimología. Este orden político de las behetrías habría durado 3.519 años, hasta la aparición de los incas. En el contexto de libertad y guerra intermitente entre los distintos pueblos surgen, a seis leguas del Cusco, en Pacaritambo

cuatro hombres y cuatro hermanas de feroces bríos y malintencionados aunque de altos pensamientos. Estos como fuesen de más habilidad que

los otros y entendiesen la pusilanimidad de los naturales de aquellas comarcas y su facilidad en creer cualquiera cosa que con alguna abtoridad o fuerza se les proponga, concibieron en sí que podrían enseñorearse de muchas tierras con fuerzas e imbaimientos. (48)

Como podemos ver, el origen mismo de los incas está signado por la maldad, la soberbia, la sed de mando y riquezas. Los hermanos Ayar se proponen dominar al resto de los pueblos por medio de la violencia y el engaño, fingiendo ser más que hombres y generando un culto alrededor de sus personas. Un detalle interesante, si pensamos en el engaño que para san Agustín significa la historia circular, es que los líderes de los hermanos Ayar, Manco Cápac y Mama Ocllo, hacen uso de un ídolo o *guaoque* llamado *indi*, que es un halcón que guardaban en una petaca y que ayudaba a engañar a los distintos pueblos y llevarlos embaídos o encantados, además de servir como oráculo. De esta manera, los hermanos Ayar se dirigen a conquistar y poblar el valle del Cusco, del cual Sarmiento insiste en que los incas son extranjeros. Lograrían esta usurpación mediante mentiras, guerras y matanzas. Así es como el autor describe el origen infame de la dinastía incaica, cuestión que le dará el sello tiránico a toda la genealogía y por metonimia al Tahuantinsuyo, si interpretamos a Manco Cápac como un héroe mítico equivalente al papel que los reinos europeos del Renacimiento reservaban para Aquiles, Héctor o Tubal (Kagan 363; Lafaye 198-221).

El crecimiento del imperio, en la versión de Sarmiento, es propiciado por los constantes abusos de los reyes a los distintos pueblos del valle del Cusco y sitios colindantes. Se trata de un relato que no abandona nunca la intención de informar pormenorizadamente al lector respecto de la incesante crueldad y maldad de quienes detentan el poder en el Cusco y la total incapacidad de las demás naciones para establecer el mínimo contrapeso. Así, cada nueva conquista es glosada como un despojo de los indios naturales del Perú, y cualquier batalla como una rebelión armada contra los tiranos incas. De esta forma, van cayendo muchos pueblos frente al poderío militar de la naciente dinastía, como los alcabizas y culumchimas. Mientras, el autor cuenta cómo se organiza la sucesión incaica a partir del orden sentado por Manco Cápac y cómo esta ley será transgredida de forma constante.

Sarmiento está especialmente preocupado de informar el momento en que los incas salen a conquistar fuera del Cusco porque este hecho sería clave como rasgo para determinar con exactitud el crecimiento del imperio. Este acontecimiento, dice el escritor, se habría producido en el siglo X con

Capac Yupangui, el quinto inca, que dominó a los pueblos de Cuyumarca y Anasmarca, a solo cuatro leguas del Cusco. El sucesor de Capac Yupangui, Inga Roca, siguió el ejemplo de su padre y conquistó otros asentamientos cercanos al valle de Cusco. Inga Roca tendrá dos hijos, Apo Mayta y Vicaquirao, quienes, según anuncia el autor, van a convertirse más tarde en importantes generales que “fueron el principio del gran poder que después tuvieron los ingas” (70). Un momento relevante en la empresa de expansión territorial es cuando Viracocha, el octavo inca –llamado así por un sueño en que el dios le profetizó mucha prosperidad– decide tiranizar los alrededores de Cusco y poner guarniciones en los pueblos sometidos, de modo de expandir objetivamente su soberanía y ámbito de influencia. A diferencia de sus predecesores, Viracocha está interesado en el dominio político y administrativo, no solo en el saqueo, el robo y el sometimiento por las armas. Estas continuas guerras hacen que muchos pueblos quedasen pobres e indefensos, “la cual ocasión siendo conocido por Viracocha Inga, le dió ánimo para emprender el principio de la tiranía fuera de Cusco” (80). En efecto, Viracocha, su hijo Inca Roca y los nombrados generales Mayta Cápac y Vicaquirao ejecutan un despliegue militar más amplio donde perpetran grandes robos, matanzas y crueldades.

ESPLENDOR NEGATIVO DE LOS INCAS

Con Inca Viracocha se sientan las bases de lo que será el auge del poder del incario, que llegará de la mano del noveno inca, Pachacuti y su hijo Topa Inca. El ascenso de Pachacuti está relacionado con la guerra contra los chancas en el contexto de la invasión al Cusco. La historia de Sarmiento relata que el Inca Viracocha, estando viejo y cansado, decide abandonar la ciudad imperial junto con su sucesor Inca Urcon con el fin de protegerse de los invasores. En cambio, un joven Pachacuti, también hijo de Inca Viracocha, permanece con los generales Mayta Capac y Vicaquirao, acción descrita por el autor como una ardua operación para acceder al trono. Una vez que Pachacuti vence a los chancas y tiene varias desavenencias con su padre y hermano, decide hacer una ceremonia para nombrarse inca directamente, sin la anuencia paterna. Es así como Sarmiento muestra un enorme desarrollo de la pompa real de Pachacuti, con el objetivo de ganar un poder nunca visto y proyectar el imperio mucho más lejos del Cusco: se declara hijo del Sol, representante del dios Ticci Viracocha y fabrica una borla real. Además, hace una completa reurbanización de la ciudad y levanta edificios suntuarios. Por otra parte,

inventa el sistema de cultivo en terrazas, reorganiza el calendario y emprende una averiguación de la historia de sus antepasados. Tal es su interés por esos viejos relatos que visita Pacaritambo, ordena hacer allí unas puertas de oro y establece nuevas fiestas. Una de sus obras más importantes es la remodelación de la Casa de Sol en el Cusco, siempre con el fin de aumentar su poder:

y por esto él determinó de la enguarnecer en edificio y oráculos para espantar las gentes ignorantes y traellas embaídas y abobadas tras sí, para con ellas acometer la conquista de toda la tierra que él pensaba tiranizar como lo empezó e hizo gran parte dello. (94)

Así como había hecho con singular éxito Manco Cápac, Pachacuti insistía en la estrategia de mantener a sus súbditos engañados o embaídos¹⁶. La consecuencia de este boato va a sobrepasar con creces al fundador del incario porque Pachacuti alcanza una autoridad nunca vista: se hace adorar y tener por dios entre sus súbditos y especialmente por los extranjeros. El aparato simbólico del poder será complementado con mamaconas o sacerdotisas del sol, con quienes Pachacuti tendrá acceso carnal. Por si esto no fuera suficiente, el cronista se refiere a nuevos ídolos de oro y sacrificios de niños ofrecidos al diablo. Por medio de este relato el autor quiere demostrar que mientras más poder alcanza el imperio incaico, mayor es la perversidad y el error de sus gobernantes. En este caso, Pachacuti acumula el pecado de la lujuria, además de la idolatría y el gran desacierto de los sacrificios humanos. Más adelante, Pachacuti suma faltas morales como la envidia e incluso crímenes, entre ellos el fratricidio.

Pero estas acciones negativas deben estar acompañadas, en la mirada de Sarmiento en cuanto historiador, de un crecimiento territorial notable y eso es justamente lo que hace Pachacuti: va a expulsar a algunos pueblos de sus tierras, hacer matanzas y crueldades para someter a otros, celebrando siempre las nuevas conquistas con una fiesta pública que podría competir con los triunfos romanos. La decisión de formar un imperio a cualquier costo es explícita en el caso de Pachacuti y su corte:

entraron en consejo sobre lo que debían hacer y acordaron que todos se juntasen y saliesen a conquistar a todas las naciones del reino; y que a los que de su voluntad no se les diesen y sirviesen, los destruyesen totalmente. (98)

¹⁶ La identificación de Pachacuti como un arquetipo solar que reemplaza a Manco Cápac fue propuesta por Pease.

En este caso el uso del término reino resulta anacrónico pero elocuente a lo que quiere expresar el autor: se trata de apropiarse de todas las tierras de los andes peruanos, espacio en el que Pachacuti va a hacer sus conquistas, descritas siempre en términos alevosos por Sarmiento de Gamboa, quien puntualiza que el inca mataba a todos los cinches y dejaba un *tucuyrico* o gobernador en cada pueblo. El efecto en toda la tierra arrasada es terrible, pues muchos cinches intentan emular a Pachacuti en su sed de dominio, de modo que “este reino todo era una confusa behetría tiránica” (105). El primogénito de Pachacuti, Amaro Topa Inca, obliga a los pueblos sometidos a abandonar a sus ídolos y adorar a las guacas del Cusco. Amaro Topa Inca se convierte en el mayor conquistador de todos los incas anteriores. Para conseguirlo, organiza a los jóvenes de los pueblos vencidos y los lleva a hacer la guerra en nuevos territorios, ganando así el norte del Cusco hasta Cajamarca.

Más adelante, en el momento de su muerte, Pachacuti lleva la adoración de sí mismo hasta el extremo:

mandó que nadie le viniese a ver que no le adorase y trajese algo en las manos que le ofreciesen; y questa costumbre se guardase siempre para con todos sus descendientes. Así se hacía inviolablemente y así desde este Pachacuti se empezó la inaudita, inhumana tiranía renovada sobre las tiránicas de sus antepasados. (116)

Por estos medios Sarmiento da cuenta de una renovación del aparato simbólico del poder incaico, ilustrado en el rito y ceremonia con que deben ser tratados los reyes incas. El culto por Pachacuti alcanzará una nueva dimensión en la asunción de su hijo Topa Inca Yupangui como gobernante, quien es proclamado con mucha solemnidad y “nunca vista pompa” (117). Incluso el primogénito Amaro Topa Inca, que había sido despojado de su condición de sucesor, cesó en sus protestas cuando ve el aparato de riquezas de Topa Inca y “cayó sobre su faz en tierra y adoróle y hízole sacrificios y obedecióle” (117). El mismo Pachacuti ejecuta un acto de adoración ante su nuevo sucesor, lo que obliga a todos a imitarlo. A tanto llega la majestad y veneración por el nuevo inca que nadie se atreve a mirarlo a la cara. El autor deja claro que Pachacuti y Topa Inca usurparon la adoración del sol y de los ídolos por el culto a sus personas por parte de los súbditos¹⁷. Se trata,

¹⁷ Catherine Julien (275) señala que los incas, desde Topa Inca en adelante, serán tratados como las *huacas* más importantes de los Andes por su relación con el sol. El rito fúnebre o *purucaya* equivalía a una suerte de canonización.

por lo tanto, de un inusitado desplazamiento del rito original fundado por Manco Cápac y un agravamiento del error idólatrico. De esta manera, vemos cómo Sarmiento de Gamboa se las arregla para producir una escena de total esplendor del joven sucesor Topa Inca, con la idea de mostrar el máximo vigor del imperio incaico, apogeo que tendrá su correlato con las enormes conquistas territoriales, en la total corrupción moral de los gobernantes y el abuso insoportable de los súbditos o naturales.

En suma, Topa Inca llegará a Quito y lo someterá por la fuerza y de forma impía, con el solo objetivo de robar. Además, encontrándose en Tumbes, emprende el legendario viaje marítimo a las islas Avachumbi y Niñachumbre, de donde trajo muchas riquezas. Este misterioso destino insular del Pacífico es relacionado por Sarmiento con las islas del Poniente o de Salomón que él mismo descubrió con Álvaro de Mendaña en 1568.

Una vez muerto Pachacuti, Topa Inca debe ir a sofocar las rebeliones de los Andes y de los Collas, de allí prosiguió camino hacia el sur por Collasuyo, conquistando hasta el río Maule en Chile. Es así como la expansión territorial alcanza su máxima expresión con Topa Inca. De hecho, recién a partir del gobierno de Pachacuti y las conquistas de Topa Inca Sarmiento introduce la noción geográfica de los cuatro territorios del incario o suyos: Condesuyo, Chinchaysuyo, Andesuyo y Collasuyo.

El mayor punto de grandeza del imperio debía, necesariamente, reflejar un grado de maldad insoportable para los vasallos. Es por eso que Sarmiento afirma que los tributos que debían pagar eran muy onerosos y los obligaban a vivir en una suerte de esclavitud, además de encontrarse constantemente vigilados por los visitadores instalados por Pachacuti. Como resulta previsible, Topa Inca debía perfeccionar todavía más el régimen tiránico diseñado por su padre. Es así como ejerce una total concentración del poder: mediante un censo empadrona a todos los súbditos desde Quito hasta Chile y organiza un pago de impuestos en alimentos a cargo de los cobradores llamados *mitcho*, además de aumentar los *mitimaes* o trabajos forzados, de modo que el aparato burocrático alcanza un nivel superlativo con el solo objeto de explotar a los súbditos de los incas. Es en este momento cuando Topa Inca decide acabar con el derecho de herencia de los cinches en todo su territorio y para eso establece un sistema de jerarquía piramidal que está cimentado en la autoridad de los curacas, cuyas unidades de mando van de diez mil a diez personas. Con estas afirmaciones, el autor quiere demostrar que la institución del curacazgo, completamente vigente en el virreinato del Perú en 1572, es

un modo de organización espurio que obedece al ánimo autoritario de los incas y su deseo expreso de despojar a sus vasallos.

Las medidas administrativas de Topa Inca llegan todavía más lejos: perfecciona la cobranza de impuestos que ahora consistirá en tasas fijas, organiza el trabajo comunitario de los distintos pueblos, que deben sembrar, cosechar e hilar para el inca, controla el comercio, impulsa la minería y la industria metalúrgica, refuerza el sistema abusivo de las mamaconas y construye una imponente fortaleza en el Cusco. Sarmiento afirma que Topa Inca muere el año 1258 y su retrato final es lapidario: “fue el mayor tirano de todos los incas”.

Con la muerte de Topa Inca Yupangui acaba el apogeo del imperio incaico en la versión de Sarmiento de Gamboa, que está dada por varios factores bien documentados por el cronista: excesivo culto y devoción de la persona del inca; máxima expansión territorial, que va de Quito a Chile y con un ámbito de influencia en el Pacífico, un sistema de caminos y comunicaciones muy efectivo; control de la población, industrialización y explotación mediante trabajos forzados y tributos; una notable acumulación de riquezas e infraestructura real; el crecimiento desmedido del aparato estatal orientado a ordenar la enorme maquinaria del imperio incaico.

Tal como ha sido descrito, la tiranía incaica alcanza niveles extraordinarios y verdaderamente insoportables para sus súbditos, quienes no tienen ninguna capacidad de hacer frente al poder de los gobernantes salvo rebeliones periódicas que suelen ser aplastadas y acabar en matanzas. La salida a esta distopía andina debía venir entonces de la mano de los mismos reyes incas, como puntualiza muy bien el cronista hacia el final del relato. Por lo tanto, una vez alcanzado el esplendor negativo de los incas, su autor se dispuso –con verdadero oficio y disimulado gusto– a relatar una feroz y definitiva caída.

ECPIROSIS ÍNDICA

Según el autor de la *Historia indica*, la soberanía incaica se habría prolongado durante 968 años, desde el 568, cuando Manco Cápac se asienta en el Cusco, hasta 1533, momento de la ejecución de Guáscar por orden de su hermano. El declive del imperio comenzaría en 1258, año de la muerte de Topa Inca Yupangui. Si bien el lapso de tiempo ocupa 275 años hasta 1533, el autor se

las arregla para dotar de dinamismo y emoción al proceso de decadencia y total destrucción del imperio y la dinastía real¹⁸.

Revisemos brevemente los hechos: el hijo de Topa Inca Yupangui, Guayna Cápac, debe superar una guerra sucesoria contra Cápac Guari para acceder al trono. Una vez coronado inca, Guayna Cápac sufre varias derrotas militares en Pastos, límite norte del Tahuantinsuyo (actual Colombia), hechos inusuales a lo largo del texto. Enseguida el inca se entera de una gran pestilencia en el Cusco, decide volver y muere sin dejar claro quién debe sucederlo. Es más, el oráculo no favorece a ninguno de los dos aspirantes, Ninan Cuyoche y Guáscar. Desde este punto en adelante, la catástrofe se precipita. El final del relato está cerca y el cronista lo señala a su destinatario, Felipe II: la muerte de Guayna Cápac se produce en 1524, “siendo rey de España el invictísimo emperador Carlos Quinto, de gloriosa memoria, padre de vuestra majestad” (151).

La *Historia Indica* describe el agrio enfrentamiento entre dos hermanos, Atahualpa y Guáscar. Mientras este es coronado como inca, aquel permanece aislado e infamado en Quito. La descripción de ambos personajes es negativa: Guáscar es soberbio y cruel; Atahualpa cobarde e incompetente. Sarmiento hace un hábil manejo del relato para mostrar que el fin está cerca: los oráculos son completamente nefastos para ambos líderes, los vencidos profieren maldiciones sobre los vencedores y además el cronista, en un gesto de oficio histórico renacentista, se refiere a que Guáscar y su bando están signados por una fortuna adversa a la que es muy difícil hacer frente¹⁹. La estructura de la anaciclosis y epirosis puede ser íntegramente resumida en una queja que hacen los orejores, incas nobles del Cusco, al dios Viracocha: “¡Oh, Hacedor que diste favor a los incas, ¿adonde estás ahora? ¿Cómo permites que tal persecución venga sobre ellos? ¿Para qué los ensalzaste si habían de tener tal fin?” (164). En la óptica del autor, los incas son derrotados por unos traidores, quienes perpetran crueles matanzas al bando de Guáscar: “y

¹⁸ El *Parecer de Yucay* propone una cuenta distinta: Topa Inca habría muerto 42 años antes de la llegada de los españoles (Pérez 139); es decir, en la última década del siglo XV. Es posible que Sarmiento lo situara más atrás para permitir que el declive del imperio ocupara más espacio; por otro lado, con la nueva batería argumentativa de la *Historia Indica*, el derecho de prescripción ya no sería tan importante como en el *Parecer*, que se esfuerza por demostrar que la institución del curacazgo no habría superado los cien años (Zuleta y González 36-40).

¹⁹ Como afirma Maquiavelo: “para que nuestro libre albedrío no se apague, considero que la fortuna es árbitra de la mitad de nuestras acciones y que nos deja gobernar a nosotros más o menos la otra mitad” (cap. 25 de *El príncipe*). Burke (95-98) ofrece un comentario de este recurso.

de esta manera quedó totalmente destruida la línea y linaje del desventurado tirano Guáscar, último de los ingas” (166).

Enseguida, el autor cuenta sobre la llegada de los españoles al Perú y el arresto de Atahualpa. Dice que Pizarro quiere hacer justicia y ordena traer a Guáscar ante sí, pero este es asesinado secretamente por orden de su hermano. En este punto se sitúa, en la mirada del cronista, el momento definitivo de extinción de la línea sucesoria y fin del imperio incaico. La ecpirosis incaica tiene lugar:

Así que con la muerte de Guáscar se acabaron todos los ingas deste reino del Pirú totalmente y toda su línea y descendencia por la línea quellos tenían por legítima, sin quedar hombre ni mujer que pudiese tener derecho ni ación a esta tierra, aunque ellos hobieran sido naturales y ligítimos señores della, ni aun conforme a sus costumbres y leyes tiránicas. (169)

De esta manera, Sarmiento clausura cualquier duda respecto de la posible continuidad del imperio incaico. E introduce, como puede verse en la cita, una refutación contra el probable alegato de que se tratase de señores naturales y legítimos del Perú, según había sostenido ya Bartolomé de las Casas. El punto más delicado de este final catastrófico es que la intervención de Francisco Pizarro debe ser mínima, porque la idea de Sarmiento es que los incas se destruyan a sí mismos. En esta tesitura narrativa, el autor utiliza el recurso de *Deus ex machina*: si bien los castellanos aparecen repentinamente, no fueron determinantes en la caída del imperio incaico. La forma de hacerlo es mostrar que Pizarro solo quiso hacer una acción de justicia al convocar a Guáscar, hecho que desembocó en la ejecución del inca derrotado, por orden de su hermano Atahualpa. Además, cuando Pizarro entra en escena, el autor dice que será muy breve porque los hechos de los españoles corresponden al tercer tomo de la historia, insistiendo en el evidente cambio de ciclo. Para despejar cualquier duda respecto de que hubiese sido Pizarro el que acabó con los incas, Sarmiento mezuina a Atahualpa el título de gobernante: “no fue inga señor del Pirú, sino tirano”, de modo que los españoles estarían libres de la acusación de regicidio y de haber precipitado el fin del incario. Enseguida, el autor da un remate a la historia con una disposición gráfica frecuente: el manuscrito que se va angostando en uve para mostrar que el relato de incas termina en ese preciso folio²⁰. El texto reza:

²⁰ Manuscrito de la *Historia índica*, Georg-August-Universität Göttingen, 2° Cod. Ms. hist. 809 Cim, II, fol. 128v.

Baste acabar esta segunda parte acabándose la historia de los hechos de los doce ingas tiranos que fueron en este reino del Pirú, desde Mango Capac primero hasta Guáscar Inga doceno y último tirano (169)

Lo que viene después son dos capítulos añadidos que exceden la *narratio* de la *Historia índica* y que hacen una evaluación muy lapidaria de la naturaleza de su gobierno. El libro se cierra con la *Fe de la probanza y verificación desta historia*, documento que recoge la reunión que celebró Sarmiento, Toledo y sus colaboradores con los ayllus reales para comprobar que el contenido del texto fuese verídico, certificación que se hizo frente al escribano Álvaro Ruiz de Navamuel y con ayuda del traductor Gonzálo Gómez Jiménez²¹. En el documento se insiste en el protagonismo de Topa Inca Yupangui como el tirano que salió del Cusco y logró enseñorearse de las tierras del Perú; es decir, vuelve a ser destacado como el gobernante de mayor poder en la fenecida era incaica.

La epirosis índica es un punto relevante de la obra de Sarmiento, a quien importa dejar claro que el ciclo hubo concluido y que no existían herederos legítimos de la borla incaica en 1572. Por ese motivo, su rechazo es explícito a Atahualpa y Manco Inca, además de Tito Cusi Yupangui y Topa Inca, quienes permanecían en el enclave rebelde de Vilcabamba. La destrucción del mundo incaico permite dejar a los castellanos en una posición muy favorable para promover los nuevos tiempos, los tiempos del Evangelio, tal como declara Sarmiento a Felipe II:

así como ellos de su autoridad comenzaron, así por sus propias manos se destruyeron todos. Y pudo ser que Dios omnipotente permitiese que unos fuesen verdugos de otros por sus maldades para que diesen lugar al Santísimo Evangelio suyo que por mano de los españoles y por orden del felicísimo católico y no vencido emperador y rey de España Carlos Quinto, de gloriosa memoria, padre de vuestra majestad, a estos ciegos gentiles bárbaros enviaba. (171)

Como podemos ver, los castellanos aparecen de manera limpia y sin intervenir sustancialmente en la parábola narrativa del imperio incaico, salvo para evitar que pudiera repetirse una nueva era de la tiranía. Es así como volvemos al ámbito de la Providencia que enmarca la anaciclosis. La estructura

²¹ Zuleta y González estudian los factores que influyen en esta instancia y cómo se generaron las condiciones para que los ayllus aprobaran la *Historia índica*.

cíclica de la historia, con su correspondiente catástrofe, había sido anunciada por Sarmiento en el exordio y los primeros capítulos, con el relato del diluvio universal del Génesis, el hundimiento de la isla Atlántida y la destrucción de los primeros habitantes del Perú por medio del *uno pachacuti*, punto sobre los que volveremos más adelante. Esos desastres tenían el propósito de preparar al lector para un final a toda orquesta que culmina con la ejecución de Guáscar, donde los incas volvieron “las armas contra sus propias entrañas, robándose, forzándose y más que inhumanamente con guerras intestinas, más que civiles, totalmente se acabaron” (171). Así, la epirosis índica permite construir un mausoleo histórico y moral sobre el incario, operación en la que el cronista se esfuerza por dotar de plena coherencia interna: las ejecuciones de Guáscar y Atahualpa actualizan el tópico de la justicia poética y traen a la memoria el refrán de origen bíblico: “Quien a hierro mata, a hierro muere” (Refranero multilingüe).

LA HISTORIA LINEAL DE BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

Una de las preguntas que surgen ante la propuesta cronística de Sarmiento es la siguiente: ¿cuál sería el modelo frente al que se proyecta su historia incaica? Encontramos la respuesta en el pensamiento del gran rival de Francisco de Toledo y del autor en la *Historia índica*: el obispo de Chiapas, fray Bartolomé de las Casas, quien había muerto hacía ya casi seis años, en 1566, dejando tras de sí una impresionante obra filosófica e historiográfica sobre el Nuevo Mundo²². La influencia de De las Casas en el texto de Sarmiento es enorme y podemos afirmar que la *Historia índica* es una respuesta directa a muchos de los temas planteados por el fraile dominico. Seguramente, el más importante dice relación con la restitución del gobierno del Perú a la dinastía incaica, según planteó Las Casas en el *Tratado de las doce dudas* de 1564: “el rey católico de Castilla, nuestro señor, es obligado, de necesidad salvarse, a restituir en el reino o reinos del Perú al susodicho rey Tito y a los demás señores ingas lo que fuere suyo” (*Obras completas* 194). La respuesta de Toledo es clarísima: al ser los incas gobernantes tiránicos, es imposible considerar a los rebeldes de Vilcabamba más que unos traidores y bandidos, particularmente el mencionado Tito Cusi Yupangui, hermano mayor de Túpac Amaru.

²² Respecto de las cualidades de Bartolomé de las Casas como historiador sabio y apegado a la tradición escolástica, a diferencia de sus contemporáneos, ver Kohut.

Sin embargo, la oposición entre Sarmiento y Las Casas no termina allí; conviene llevarla específicamente al campo de la historia y al rol que ocupan los indios, en general, y los incas, en particular, en el desarrollo histórico de Occidente. En la *Apologética historia sumaria*, texto redactado en el decenio de 1550, Bartolomé de las Casas se explaya sobre la idea de que los indios forman parte de la historia de Occidente en términos progresivos o lineales; es decir, que a pesar de todos los vicios y defectos que puedan achacárseles –idolatría, práctica de sacrificios humanos, antropofagia– su desarrollo cultural se encuentra en un estadio por el cual todos los demás pueblos europeos pasaron antes, de modo que realmente el indio no es un *otro* sino que se trata de un ser humano equivalente al cristiano europeo –su prójimo y, en último término, su hermano– en un momento cultural de evidente atraso, pero el cual puede ser corregido o *puesto al día* de forma rápida o eficiente por la acción evangelizadora de España y la Iglesia. Esta visión instala una teleología histórica que podemos asociar con la función de la Providencia en el desenvolvimiento del ser humano en el tiempo. Así lo explica Edmundo O’Gorman en su introducción a *Apologética*: “el indio americano fue conceptualmente incorporado, a título de igualdad en todos los órdenes, dentro de la visión universalista de la comunidad cristiana” (I, LXVII). De modo que la diferencia entre indios y europeos, para Las Casas es solo accidental y contingente, nunca esencial²³; son distintos grados de madurez o progresión en la linealidad del tiempo histórico que dispuso la Providencia. Para evidenciar ese punto, el dominico plantea que resulta necesario revisar el pasado de Europa: “debemos considerar lo que nosotros éramos, y todas las naciones del mundo, antes que nos visitase Jesucristo” (cap. CIII). Se produce así una relación especular entre dos civilizaciones que se encuentran y observan por primera vez: el indio es la imagen donde el europeo contempla, incómodo, su pasado; y el cristiano viene a ser el espejo donde el indio descubre, lleno de esperanza, un futuro radiante.

Respecto de la idolatría, el sacrificio humano y el canibalismo, Las Casas demuestra que estos males están en el origen de la cultura occidental según se puede ver claramente en la mitología griega, concretamente cuando el dios Saturno devora a sus hijos. Pero la gente, en lugar de valorar el significado alógico de la fábula,

²³ Este punto ha sido propuesto por Rolena Adorno (*The Polemics* 5) como uno de los principios que rigen la escritura indiana, ya que grandes contendores en el asunto del indio, como De las Casas y Ginés de Sepúlveda, coinciden en tal visión.

cayó en tan gran error de creer que Saturno comía sus hijos propios, y como fuese tenido por gran dios, parecióles que rescibía servicio que le ofreciencen en sacrificio hombres, y a tanto llegó esta ceguedad, que no solamente los extranjeros, pero los propios hijos le sacrificaron, mayormente en Italia, donde tuvo el primero y comenzó su gran autoridad. Después cundió este uso cruel de sacrificar los hombres a los dioses por munchas y diversas tierras y cuasi por todo el mundo, que ninguna nación dello escapó. (CIII)

Las Casas –siguiendo a santo Tomás– permite que los indios tengan la posibilidad de alcanzar la ley natural, “algún cognoscimiento universal y confuso de Dios” (cap. LXXI), por más que luego, a partir de la imperfección de la naturaleza humana, este conocimiento imperfecto –que solo puede llegar a su plenitud mediante la verdad revelada de la fe cristiana– hubiese de degenerar en idolatría. Si los indios fueron idólatras, dice Las Casas, es porque no hubo quien enmiende esas falsas creencias (cap. LXXIII). Este pensamiento, por supuesto, está muy lejos de la representación que hace Sarmiento de los hermanos Ayar, quienes nacen “fuertes y sabios” (50) pero cuya única ambición era ganar poder entre sus semejantes y apropiarse de sus tierras.

La versión del incario que promueve Las Casas en la *Apologética* muestra que los incas estuvieron muy cerca de acertar por sí mismos al culto cristiano, además de encarnar un gobierno ejemplar –repúblicas suficientes– que luce toda la capacidad racional de los indios americanos. De hecho, gracias al inca Pachacuti eran prácticamente monoteístas: adoraban a Condití Viracocha, “hacedor del mundo” y al sol como su criado y hechura. Todo esto gracias a la ley natural, llevada hasta sus últimas posibilidades en el ámbito propiamente indiano: si bien el sol no es digno de culto como quería Pachacuti, “ya que él erraba, escogía al menos la más excelente de las criaturas por dios” (cap. CXXVI). De esta forma, Las Casas se esfuerza por mostrar que el grado de avance de los incas en la escala de la historia lineal era sumamente auspicioso y solo faltaba que España trajese la luz de la religión verdadera. Vistas así las cosas, todos los pueblos están orientados en un mismo camino hacia la salvación y, por lo tanto, no existe ningún tipo de superioridad intelectual o espiritual de los cristianos europeos: “los que primero recibimos este don tan señalado de Dios, solo por bondad y misericordia de Dios, no menospreciemos a los que más tarde llama por sus secretos juicios Dios” (cap. LXXIX). De modo que Las Casas establece una perfecta continuidad entre el gobierno incaico y la llegada de Colón a las Indias, hecho orientado por la misma Providencia

para la salvación de toda la humanidad, una propuesta que sería retomada más tarde por el Inca Garcilaso de la Vega. La *dispositio* de la *Apologética historia sumaria* resulta elocuente: los incas van en los capítulos finales, de modo que coronan la visión celebratoria de los indios americanos.

Como podemos notar, Francisco de Toledo y Sarmiento de Gamboa plantearon un modelo histórico completamente antagónico para representar la dinastía incaica. La versión toledana aparta a los incas de este molde y los margina del sentido cristiano del mundo por medio de un modelo obsoleto y arcaizante que por sí mismo los caracteriza como una sociedad injusta e incapaz de romper con su definitiva ruina moral. El uso de conceptos de la historiografía clásica, como anaciclosis y epirosis, lejos de honrar a la genealogía incaica, la lleva al ámbito del mundo pagano y la excluye de la posibilidad de salvación. En este sentido, la *Historia índica* responde a Las Casas con un sofisticado mecanismo que margina a los incas de su participación en la historia universal; o mejor dicho, su participación solo es posible como el ejemplo palpable de civilización que necesita ser corregida —o purgada moralmente— por España.

EL TIEMPO DEL MITO

La estructura de historia cíclica que plantea Sarmiento en su crónica, si bien está circunscrita específicamente a la narración del auge y caída de la dinastía incaica, plantea una pregunta evidente: ¿es posible conectar la anaciclosis con el tiempo del mito según los incas? O, más bien, ¿en qué medida Sarmiento vincula la anaciclosis y la epirosis con el tiempo cíclico incaico y el *uno pachacuti* o diluvio? Antes de responder, es necesario revisar brevemente la idea de tiempo cíclico según la cosmovisión tradicional.

Es un tópico de las humanidades la clasificación entre el tiempo lineal de Occidente con la idea de que las sociedades tradicionales obedecen a un tiempo circular, donde funciona el eterno retorno según el concepto acuñado por Mircea Eliade. Pues bien, estas distintas formas de organizar el tiempo y la historia también han sido bastante aceptadas por antropólogos e historiadores para referirse al Tahuantinsuyo. Revisaremos de modo sucinto estos fundamentos.

Seguramente, las premisas en las cuales descansa la noción de tiempo cíclico habría que buscarlas en *El pensamiento salvaje* de Claude Lévi-Strauss,

quien se refiere a la existencia de sociedades calientes y frías en sus estudios sobre el totemismo y la manera que tienen los seres humanos de concebir el tiempo y las historia. Las sociedades calientes interiorizan el devenir histórico y lo transforman en energía vital destinada a su propio desarrollo; es decir, su idea de historia instala una meta futura, un tránsito hacia adelante. Por el contrario, las sociedades frías se proponen que el orden de los sucesos no altere su constitución básica u original y, por ende, son sociedades más estáticas o conservadoras (339).

En *El mito del eterno retorno*, Eliade, por su parte, sostiene que el hombre arcaico no soporta la historia y hace un esfuerzo continuo por anularla; para eso funciona de acuerdo con arquetipos en lugar de personajes históricos; es decir, se produce una asimilación mítica de los líderes espirituales, políticos o militares. El acto de abolir la historia implica una regeneración periódica del tiempo, “y en particular, en las civilizaciones históricas, una creación nueva, es decir, una repetición del acto cosmogónico” (55). Como consecuencia, el hombre arcaico vive en las categorías y no en los acontecimientos, y no registra el carácter irreversible del paso del tiempo.

Estas ideas han sido recogidas por la antropología ligada al mundo incaico. Frank Salomon hace un cuidadoso análisis de las crónicas redactadas por escritores indios o mestizos que buscaron crear una narrativa inteligible para los españoles, pero que a la vez contase con materiales propios del mundo andino y que estuviese fuera de la diacronía europea, generando una insalvable contradicción en sus resultados literarios, una duplicidad cultural que no puede ser cercenada por los estudiosos en busca del pasado prístino de los incas. Al estudiar la *relación* de Tito Cusi o la *crónica* de Guamán Poma, Frank Salomon sigue a Deltrán y Ossio para afirmar que no existe un formato o género apropiado en castellano que pueda contener el sentido de la historia andino, ya que este “demanda no una cadena de sucesos sino un patrón de sucesos” (82). Se trata de un modelo cíclico que todavía persiste en el espacio andino. Estas grandes edades, que pueden obedecer a distintos moldes –imperiales, solares– suelen estar interrumpidas por grandes cataclismos y una posterior regeneración.

El concepto que corresponde a estas interrupciones apocalípticas dentro del mundo cíclico es *pachacuti*, que podemos traducir como una “inversión o vuelta de mundo” (Steele y Allen 38; Celestino 2). Carmen García Escudero analiza el complejo término *pacha* en la cosmovisión incaica y sus posibilidades de significación espacial y temporal, y los aspectos de cambios en la naturaleza dependiendo de las partículas lingüísticas asignadas. Para ello

se basa en el *Vocabulario de la lengua quichua* del sacerdote Diego González de Holguín, de 1608, quien definió *pacha cuti pacha ticra* como “el fin del mundo, o grande destrucción, pestilencia, ruina o pérdida o daño común” y *nina pachacuti* como “el fin del mundo por fuego” (124).

A partir de la inclusión del *uno pachacuti* en la *Historia índica*, sabemos que Sarmiento tenía claridad respecto del concepto de cataclismo, catástrofe o fin de ciclo en la historia incaica que transmitían sus informantes, fueran o no quipucamayos. El autor generó entonces una coincidencia entre el *uno pachacuti*, la edad de los gigantes en la cosmovisión andina, y el diluvio universal de la tradición judeocristiana. Esa coincidencia le ayudaría a coordinar las dos cronologías paralelas que lleva a lo largo de su crónica, en que ajusta temporalmente la muerte de cada gobernante inca con el calendario juliano. Si tomamos en cuenta esa inteligencia, las fábulas de los incas tal como ellas le fueron transmitidas y las edades del mundo cristiano, no podría sorprendernos que el autor quiera producir una nueva confluencia de dos mundos apartados en el final de la crónica. Así, resulta plausible que Sarmiento haya hecho coincidir el concepto clásico de la epirosis con el concepto andino de *pachacuti*, ya que la percepción de los incas protagonistas de la historia es la misma que los lectores: el gran edificio de la cultura inca tambalea y se precipita al suelo. Aquí cumplen un papel fundamental los oráculos funestos y las maldiciones de los incas vencidos por el bando de Atahualpa. Para Sarmiento lo importante es que en su crónica el lector se percate que los indios dan cuenta de que el desastre es irreversible. Ahí puede ser clave el episodio de la captura de Guáscar por Chanco Chima, general de Atahualpa: el último inca es tumbado desde las andas en que era trasladado por sus servidores:

Así quedó el desventurado Guáscar Inga, doceno y último tirano de los ingas capas del Perú, aviltadamente preso, en poder de otro mayor y más cruel tirano qué, y su gente muerta, deshecha, desbaratada. (160)

Seguramente el punto cúlmine en esta conciencia de la derrota que Sarmiento se esfuerza en representar es el momento en que la madre de Guáscar, Araua Ocllo, después de ser maltratada por el general Quiquiz, humilla, maldice y golpea públicamente a su hijo:

“¡Malaventurado de ti! ¡Tus crueldades y maldades te han traído a este estado! ¿Y no te decía que no fueses tan cruel y que no matases

ni deshonras a los mensajeros de tu hermano Atagualpa?”. Y dichas aquellas palabras, dicen que arremetió a él y le dio una puñada en el rostro. (163)

Quien fuera el mayor gobernante del mundo, el duodécimo inca Guáscar, es completamente degradado por su madre y por su esposa. Es así como el autor de la *Historia índica* consolida la epirosis de la historiografía latina y la “vuelta de mundo”, infortunio común o *pachacuti* en una misma narrativa. Se trata de una escena cuyo dramatismo y emotividad está destinada a grabarse en la conciencia de los lectores europeos e impresionar vivamente a los oyentes incas convocados por Toledo, capaces de identificarse con la *indignatio* que expresa la madre de Guáscar, máxime si observamos que nos hay ningún representante de Atahualpa en el acto de *Probanza y verificación de esta historia*. El escritor intuye que el sentimiento de desengaño, y sobre todo de vergüenza, puede resultar útil para aceptar el fin de una etapa y evitar la tentación de querer revivirla. El autor de la crónica crea un ambiente sumamente emotivo con objeto de aceptar una derrota y cerrar una etapa en el fuero interno de los ayllus reales, que marcaría un distanciamiento afectivo con el pasado andino. Por supuesto, la caída y humillación de Guáscar deja fuera de lugar cualquier posibilidad de pensar en una historia lineal en los términos en que lo plantea Bartolomé de las Casas.

Al comienzo de la crónica, Sarmiento interpreta un supuesto hecho histórico en dos direcciones: diluvio universal que implica un castigo divino relatado por el Génesis y el *uno pachacuti* o destrucción de los gigantes por el dios Viracocha, según la visión andina. Es decir, el autor vincula dos tradiciones lejanas y les da un cauce común en el texto. Esta misma lógica opera en la guerra civil de Guáscar y Atahualpa. Sarmiento buscó generar un fin de ciclo válido en términos occidentales e incaicos: es una epirosis en toda regla y además un nuevo *pachacuti* en la experiencia de los incas porque significa el descalabro de la dinastía. Sarmiento hace coincidir dos sistemas semióticos con el objetivo de dar un cierre definitivo, en ambas culturas, a la genealogía real incaica. Solo un cierre tan contundente lograría la finalidad de resultar inobjetable, de modo que epirosis y *pachacuti*, dos conceptos de tradiciones completamente disímiles, van a fundirse en los últimos folios de la *Historia índica*. ¿Por qué sería tan importante atender a la cultura incaica? No olvidemos que el texto fue leído frente a los representantes de los doce ayllus en el Cusco, con el objeto de ser verificado. Por lo tanto, si bien el lector último es europeo, concretamente Felipe II y el Consejo de

Indias, el autor no desperdició la oportunidad de marcar un quiebre histórico en la conciencia de los descendientes de los gobernantes incaicos, primeros oyentes de la crónica. Así, en la verificación que organiza Toledo para los ayllus reales, esta narración en quechua, a cargo del intérprete Gonzalo Gómez Jiménez, concluye simbólicamente el ciclo incaico. De esta forma, la dinastía de los Cápac será fulminada en ambas culturas y en sus correspondientes registros: quechua oral y castellano escrito. Frecuentemente, olvidamos que la crónica que nos ocupa constituye una excepción dentro del corpus de las crónicas de los incas por dirigirse a dos destinatarios casi simultáneamente, a diferencia del resto de los textos del XVI, redactados por escritores españoles para lectores españoles (Fossa 381-392). Es así como la *Historia índica* está marcada entonces por una doble codificación conceptual destinada a funcionar perfectamente en el Cusco y en Madrid.

CONCLUSIONES

- 1) Según hemos estudiado, Pedro Sarmiento de Gamboa se esmeró por crear un texto altamente eficiente y para eso sería necesario aglutinar, fundir o asimilar conceptos de manera controlada y cuyo significado pudiese resultar equivalente en la narración. La *Historia índica* deja claro a los ayllus que la guerra civil o intestina de Guáscar y Atahualpa puede ser entendida como un *pachacuti*, sin dejar espacio para otra postura. Seguramente, esta interpretación ya existía en la cultura incaica como ha señalado, entre otros autores, Olinda Celestino (2); lo que hace Sarmiento entonces no es forzar una interpretación por parte de los ayllus, sino ratificarla y darle categoría oficial. Podríamos señalar entonces que la reunión convocada por el virrey Francisco de Toledo el 29 de febrero de 1572 en el Cusco dio paso a una doble instancia de certificación: los ayllus verifican la *Historia índica* para el rey y de paso Sarmiento fuerza en la memoria de los ayllus la manera en que debían asumir su propio pasado.

El cierre definitivo del ciclo incaico, unido a la tesis de la tiranía, haría inviable cualquier cuestionamiento a la Corona hispánica. Como sabemos, el género retórico judicial consiste en el ataque y la defensa (Quintiliano III, 9, 1). La *Historia índica* privilegia el ataque: se trata de derribar una institución basada en la violencia, el abuso y el terror; al echar abajo la legitimidad del incario y barrer sus restos solo queda la Corona como

única institución sobreviviente. De alguna forma, Sarmiento sabía que el vigor del discurso histórico de los incas era muy fuerte y convenía acabar con él de una vez y para siempre, cuestión que evidentemente no logró a pesar de este enorme esfuerzo de dualidad conceptual.

De esta manera, la *Historia índica* se inscribe en ese subgénero de prosa historiográfica que José Antonio Mazzotti llama *historia coral*, y que implica “un cruce entre los sistemas semióticos de la escritura europea y las oralidades andinas” (142)²⁴. Sin embargo, el entendimiento que procura Sarmiento de la cultura incaica y su posterior expresión en la crónica tiene el objetivo de acabar con esa misma cultura; es decir, el cruce semiótico es una operación muy puntual, destinado a destruir uno de esos sistemas de significados que permitieron la escritura de la *Historia índica*; paradójicamente, en el mismo momento en que se cristaliza ese cruce en la narración oral frente a los ayllus reales, uno de los sistemas barre con el otro.

- 2) Sarmiento exhibe cómo Pachacuti y Topa Inca se convierten en semidioses al desplazar a los ídolos del centro de la devoción. Es así como se transforman, en la conciencia de los incas, en arquetipos o héroes míticos. Lo que hace el autor es traerlos de vuelta al campo de los acontecimientos y exhibirlos como personajes históricos con todos sus vicios y defectos. El ejercicio de deificación, conocido en la tradición como evemerismo, será practicado de manera inversa en la *Historia índica*. Opera así un principio de desenmascaramiento que Peter Burke califica como característico de la historiografía moderna (107-121). El problema es que ese traspaso implica una calificación del incario como una tiranía; de acuerdo con la propuesta de Sarmiento, los relatos heroicos que cuentan los incas en sus himnos no tienen lugar en el formato histórico occidental más que como expresiones de un gobierno autoritario.
- 3) Los incas de Sarmiento sostienen una gran mentira en la configuración del mundo prehispánico andino: la ilusión de que no existe ninguna otra opción salvo la obediencia a la dinastía incaica por una suerte de naturaleza divina. Lo que busca combatir Francisco de Toledo es el engaño, según se declara en la *Historia índica*: “algunos van abriendo los

²⁴ Como el mismo Mazzotti refiere, esta idea obedece a un desarrollo del concepto de “obra heterogénea” de Antonio Cornejo Polar (142) y ha sido trabajada también por Martín Lienhard.

ojos y conociendo lo que es cierto y lo que es falso” (36). Esta misma estrategia discursiva pudo ser aprovechada varios años más tarde por el cronista oficial de la Corona, Antonio de Herrera y Tordesillas, cuando relata que los hechiceros incas que se desengañan de sus antiguos dioses y con ellos todos los indios peruanos nacen a la verdad de la fe (*Década V*, 4, 7). Así, la llegada de los cristianos a tierras del Perú implica un reajuste en la idea que los indios tienen del tiempo: ya no caminarán en círculos sino en línea recta. Por obra de la Providencia, se rompe la ilusión de la anaciclosis y el embaimiento. En ambos casos, se trata de una propuesta historiográfica que vincula a los incas con el mundo pagano, con el error, el engaño, la violencia. Es un mundo donde el cristianismo debe llegar y limpiarlo todo, y poner especial atención a los promotores de la mentira: hechiceros y dogmatizadores (Duviols 146). A diferencia de Bartolomé de las Casas, a Sarmiento le interesa demostrar que el error no es casual sino deliberado: los incas crean una tiranía llevados por el pecado de la soberbia y la codicia. Han creado una ficción, poniendo al sol como deidad, con el fin de alimentar su pasión por el poder y las riquezas.

A partir de esta idea, podemos preguntarnos si entonces la conquista y las acciones de Francisco de Toledo en el Perú no son planteadas en la crónica como un acto de justicia. El escudo del virrey, presente en el manuscrito, habla de castigo a los arrogantes²⁵. Podemos pensar que la *Historia índica* es la construcción de un pasado infame con un objetivo muy claro: el castigo de los descendientes de los incas que no quieran alinearse con las políticas virreinales. Toledo y su círculo indagan en el pasado prehispánico con el fin de encontrar un prontuario que permita ejecutar ese castigo, que acabará siendo el ajusticiamiento de Tupac Amaru, el despojo y exilio de don Carlos y don Alonso Tito Atauchi²⁶. Es así como Sarmiento hace una modelización del trauma de la conquista para los ayllus reales en términos de delito y justicia.

²⁵ El emblema reza: “Superbos, gladio; fides, premio” (Manuscrito de la *Historia índica*, Georg-August-Universität Göttingen, 2° Cod. Ms. hist. 809 Cim, II, fol. 134r), que podemos traducir como: “A los arrogantes, espada; a los leales, recompensa”. Ver González, “A Three-Century Journey”, 471-472.

²⁶ González y Figueroa hacen un pormenorizado estudio respecto de las consecuencias judiciales de las *Historia índica*, además de la política toledana en torno a la eliminación de los privilegios en los descendientes de los gobernantes incaicos. Al menos tres de los participantes en la *Probanza y verificación* sufrieron la prisión y exilio del Cusco. Ver también Covey, 433-450.

- 4) Sarmiento niega la posibilidad de que los incas hubiesen accedido a la ley natural. Es decir, exhibe el más alto grado de desarrollo tecnológico, administrativo y arquitectónico de las Indias pero al margen de cualquier valor moral como puede ser la piedad. Es así como el autor, en un notable esfuerzo imaginativo, intenta crear una novedosa expresión de barbarie: si bien el régimen inca pueda resultar admirable en la configuración de su imperio, particularmente en el ámbito de la arquitectura e infraestructura vial, sería inaceptable por la gran inmoralidad demostrada en el tratamiento de los súbditos.

La *Historia índica* deja encerrados a los incas del virreinato en su propio pasado; quedan girando para siempre en su círculo, sin posibilidad de salir. La única manera de romper esta cárcel mental es deshaciéndose de su identidad y abrazar el cristianismo. Así, la crónica se constituye, por diseño del autor, en una suerte de trampa o laberinto y, al mismo tiempo, en un pórtico para un nuevo porvenir de los descendientes. Cuando los ayllus oigan la historia de sus ancestros –diría el autor– deben sentirse liberados de su propia historia, contemplarla desde fuera, desde una nueva realidad cristiana donde existe la piedad y el perdón. Podríamos especular si acaso el sentimiento final que Sarmiento quiere infundir en los ayllus es de liberación y alivio frente a la angustiante distopía incaica. Más todavía si consideramos que en el *Timeo* (22e) Platón relaciona la catástrofe con la purificación que operan los dioses sobre los hombres.

- 5) El modelo de la anaciclosis es sumamente útil al cronista: le permite afirmar que los españoles no fueron los destructores del imperio sino los que rehabilitan un orden perdido; o más bien, un orden que nunca existió. Efectivamente, se trata de una respuesta a Bartolomé de las Casas y su representación de los conquistadores españoles como grandísimos tiranos. En ese sentido, los lectores castellanos de la *Historia índica* pueden instalarse a presenciar cómodamente y sin culpas la destrucción del Tahuantinsuyo, porque la versión de Toledo se esmera en demostrar que los españoles no acabaron con los incas, simplemente evitaron que el ciclo del abuso y el sufrimiento comenzara otra vez.

Naturalmente, la *Apologética* y la *Historia índica* comparten el mismo esquema histórico. Tanto Sarmiento de Gamboa como Bartolomé de las Casas y el Inca Garcilaso de la Vega inscriben sus crónicas en el concepto de historia lineal o progresiva, pero estos dos últimos lo hacen para incluir a los incas en el gran relato de la historia universal, Sarmiento de Gamboa utiliza la anaciclosis como una forma de marginarlos; es decir,

pueden ser incluidos de manera puramente negativa: son los castellanos quienes traen la historia progresiva cristiana y la cultura incaica no tiene ningún otro papel más que ser completamente desarticulada y públicamente infamada. Sarmiento escribe una historia para marcar claramente su punto: los incas deben ser recordados solo en cuanto a su derrota militar, cultural y espiritual. Por lo tanto, la *Historia índica* implica una superación definitiva del incario y cierra el ciclo iniciado por la conquista militar de Pizarro, porque ahora ya estarían vencidos en el ámbito de las ideas por nada menos que el virrey Francisco de Toledo. Así, si el primer héroe castellano que debe ser alabado es Pizarro, el héroe que culmina la empresa de conquista es Toledo. Sin él, las guerras de conquista contra los incas estarían inconclusas. Pasamos entonces de los dominios de la pólvora al ámbito del papel, la historia y la memoria.

- 6) Una pregunta interesante es si acaso Sarmiento le quita a Pizarro la gloria de conquistador del imperio incaico; al parecer, efectivamente debe atenuar ese prestigio. Su idea es que el imperio se autodestruye por medio del cataclismo de la guerra civil entre Guáscar y Atahualpa, de manera que Pizarro aparece en una dimensión muy específica del conquistador, pero que calza con su título de adelantado: es un juez que imparte justicia²⁷. Ese sacrificio, esa merma en la gloria de España, es un precio que se debe pagar por representar la peripecia del imperio incaico bajo el modelo de la anaciclosis. En la versión de la *Historia índica*, el imperio de los Habsburgo entra de manera aséptica en el Perú con el fin de reclamar su derecho y no de vencer a sus enemigos. De esta manera, el autor negocia la gesta heroica de la conquista por la aceptación de la epirosis; se trata de una concesión a la autonomía de la cultura incaica cuyos resultados finales el autor considera beneficiosos para el virreinato. En definitiva, los españoles no serían agentes de la destrucción del señorío incaico, sino representantes de una regeneración social y un nuevo orden cristiano²⁸.
- 7) Sarmiento describe una parábola perfecta en el crecimiento gradual y la veloz caída del imperio incaico, que viene a cristalizarse como

²⁷ Por otra parte, en la arenga del estrecho de Magallanes, Sarmiento rescata el empuje y persistencia de Pizarro en la campaña de conquista, específicamente en el episodio de la isla del Gallo. Ver Sarmiento, *Cartas y relaciones del estrecho de Magallanes*, 429-430.

²⁸ Esta vinculación entre epirosis y regeneración fue advertida por Mircea Eliade a partir del diálogo el *Político* de Platón (270e).

una versión sofisticada del *Parecer de Yucay*. Era difícil enfrentarse a Las Casas en el ámbito de las ideas porque la formación filosófica del dominico intimidaba a sus enemigos (Pérez 42-48); sin embargo, el virrey Toledo corría con ventaja en el arte de la historia por su posibilidad de recopilar información de primera fuente, mientras era de conocimiento público que Las Casas nunca había estado en el Perú. Es así como el autor de las *Historia índica* aspiró a la perfección en el trazado de ese círculo de la anaciclosis incaica, porque en la mentalidad renacentista de Sarmiento la plenitud de la forma implicaba una mayor cercanía con la verdad histórica. Excelencia estilística y la verdad habrían de constituir una coraza invencible frente a posibles detractores.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, ROLENA. *The Polemics of Possession in Spanish American Narrative*. New Haven / Londres: Yale UP, 2007.
- . *Colonial Latin American Literature. A Very Short Introduction*. Nueva York: Oxford UP, 2011.
- AGUSTÍN, SAN. *Ciudad de Dios*. Libros VIII-V. Madrid: Gredos, 2012.
- BALMACEDA, CATALINA. “La Antigüedad tardía: la historiografía cristiana y bizantina”. *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*. Madrid: Akal, 2015. 59-93.
- BENITES, MARÍA JESÚS. *Con la lanza y con la pluma. La escritura de Pedro Sarmiento de Gamboa*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, 2004.
- BURKE, PETER. *El sentido del pasado en el Renacimiento*. Trad. Sandra Chaparro Martínez. Madrid: Akal, 2016.
- CASAS, BARTOLOMÉ DE LAS. *Apologética historia sumaria*. Ed. Edmundo O’Gorman. 2 vols. México: Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1967.
- . *Obras completas*. Ed. Paulino Castañeda Delgado, Ramón Hernández y Lorenzo Galmés. Vol. 10. Madrid: Alianza, 1992.
- CELESTINO, OLINDA. “Transformaciones religiosas en los Andes peruanos. 1. Ciclos míticos y rituales”. *Gazeta de Antropología* 13 (1997): artículo 6.
- COVEY, R. ALAN. *Inca Apocalypse*. Nueva York: Oxford UP, 2020.
- Duviols, Pierre. *La destrucción de las religiones andinas (conquista y colonia)*. Trad. Albor Maruenda. México: UNAM, 1977.
- ELIADE, MIRCEA. *El mito del eterno retorno*. Madrid: Alianza, 1989.

- FEAR, ANDREW. "Orosius and Escaping from the Dance of Doom". *Historiae Mundi. Studies in Universal History*. Ed. Peter Liddel y Andrew Fear. Londres: Arrangement, 2010. 176-188.
- FOSSA, LYDIA. *Narrativas problemáticas. Los incas bajo la pluma española*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú / Instituto de Estudios Peruanos, 2006.
- GARCÍA ESCUDERO, CARMEN. *Cosmovisión inca: nuevos enfoques y viejos problemas*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2010.
- GONZÁLEZ DÍAZ, SOLEDAD. "Del Génesis a Los Andes: la cronología del incario en la *Historia de los Incas* de Pedro Sarmiento de Gamboa". *Estudios Atacameños* 51 (2015): 153- 175.
- . "A Three-Century Journey: the Lost Manuscript of the *History of the Incas* by Pedro Sarmiento de Gamboa". *The Americas* 8/3 (2021): 467-491.
- GONZÁLEZ DÍAZ, SOLEDAD Y ERICK FIGUEROA ORTIZ. "La gente detrás del libro. Los aillus reales en la Historia de los incas de Pedro Sarmiento de Gamboa". *Gobernar el virreinato del Perú, s. XVI-XVII. Praxis político-jurisdiccional y usos del conocimiento empírico moderno*. Ed. Germán Morong y Matthias Gloël. Madrid / Santiago: Sínderesis / UBO Ediciones, 2022. 125-155.
- GRUZINSKI, SERGE. *La colonización de lo imaginario: sociedades indígenas y occidentalización en el México español, siglos XVI-XIII*. Trad. Jorge Ferreiro Santana. México D. F.: FCE, 2013.
- HERRERA Y TORDESILLAS, ANTONIO DE. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar Océano*. 2 vols. Madrid: Imprentas de Juan Flamenco, 1601-1615.
- JULIEN, CATHERINE J. *Para leer la historia inca*. Trad. Félix Palacios Ríos. Lima: El Lector, 2018.
- KAGAN, RICHARD L. *Los cronistas y la corona*. Madrid: Marcial Pons, 2010.
- KOHUT, KARL. "Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica: desde los comienzos hasta mediados del siglo XVI". *Narración y reflexión. Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica*. Ed. Karl Kohut. México: El Colegio de México, Cátedra Guillermo y Alejandro de Humbolt, 2007. 15-60.
- LAFAYE, JACQUES. *De la historia bíblica a la historia crítica. El tránsito de la conciencia occidental*. México: FCE, 2013.
- LÉVI-STRAUSS, CLAUDE. *El pensamiento salvaje*. Trad. de Francisco González Arámburu. México: FCE, 2014.
- LEVILLIER, ROBERTO. *Don Francisco de Toledo. Supremo organizador del Perú*. 3 vols. Madrid: Espasa-Calpe, 1935-1940.
- LIENHARD, MARTIN. "La interrelación creativa del quechua y del español en la literatura peruana de lengua española". *500 años de mestizaje en los Andes*. Ed. Luis Millones y Hiroyasu Tomoeda. Osaka: Museo Nacional de Etnología, 1992. 27-49.
- LÖWITZ, KARL. *Historia del mundo y salvación. Los presupuestos teológicos de la filosofía de la historia*. Trad. Norberto Espinosa. Buenos Aires: Katz, 2007.
- LUPHER, DAVID A. *Romans in the New World. Classical Models in Sixteenth-Century Spanish America*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 2009.
- MACCORMACK, SABINE. *On the Wings of Time. Rome, the Incas, Spain and Peru*. New Jersey: Princeton UP, 2007.

- _. “Classical traditions in the Andes. Conversations Across Time and Space”. *Guide to Documentary Sources for Andean Studies, 1530-1900*. Vol 1. Ed. Joanne Pillsbury. Norman: University of Oklahoma Press, 2008. 23-64.
- MAQUIAVELO, NICOLÁS. *El príncipe*. Trad. José Antonio Viera-Gallo. Santiago: Tajamar, 2019.
- MARTÍNEZ LACY, RICARDO. “La constitución mixta de Polibio como modelo político”. *Studia historica. Historia antigua* 23 (2005): 373-383.
- MAZZOTTI, JOSÉ ANTONIO. “Cristóbal de Molina y las crónicas heterogéneas del virreinato peruano”. *Cristóbal de Molina. Relación de las fábulas y ritos de los incas*. Ed. Paloma Jiménez del Campo y Esperanza López Parada. Madrid/Fránkfort: Iberoamericana/Vervuert: 2010. 141-152.
- MERLUZZI, MANFREDI. *Memoria histórica y gobierno imperial: las Informaciones sobre el origen y descendencia del gobierno de los Incas*. Rosario: Prohistoria, 2008.
- MILLONES FIGUEROA, LUIS. “De señores naturales a tiranos: el concepto político de los Incas y sus conquistas en el siglo XVI”. *Latin American Literary Review* 26 (1998): 72-99.
- MORONG REYES, GERMÁN. *Saberes hegemónicos y dominio colonial. Los indios en el Gobierno del Perú de Juan de Matienzo (1567)*. Rosario: Prohistoria, 2016.
- MUMFORD, JEREMY RAVI. *Vertical empire. The General Resettlement of Indians*. Durham/ Londres: Duke UP, 2012.
- MURRA, JOHN V. “Litigio sobre los derechos de los ‘señores naturales’ en las primeras cortes coloniales de los Andes”. *Historias* 49 (2001), 101-105.
- O’GORMAN, EDMUNDO. *La invención de América*. México: FCE, 2012.
- PEASE, FRANKLIN. *De Tahuantinsuyo a la historia del Perú*. Lima: Fondo Editorial PUCP, 2014.
- PÉREZ FERNÁNDEZ, ISACIO, *Bartolomé de las Casas en el Perú*. Cusco: Centro de Estudios Rurales Andinos Bartolomé de las Casas, 1988.
- PLATÓN. *Diálogos*. Trad. Isabel Santa Cruz, Álvaro Vallejo Campos y Néstor Luis Cordero. Vol. V. Madrid: Gredos, 1988.
- _. *Timeo*. Trad. C. Eggers Lan. Buenos Aires: Colihue, 2005.
- POLIBIO. *Historia universal*. Trad. Ambrosio Rui Bamba. Buenos Aires: Solar, 1965.
- QUINTILIANO, MARCO FABIO. *Instituciones oratorias*. Trad. Ignacio Rodríguez y Pedro Sandier. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2004.
- REFRANERO MULTILINGÜE, <https://cvc.cervantes.es/lengua/refranero/>.
- SALOMON, FRANK. “Crónica de lo imposible: notas de tres historiadores indígenas peruanos”. *Revista Chungará* 12 (1984): 81-98.
- SARMIENTO DE GAMBOA, PEDRO. *Historia índica*. Ed. Ángel Rosenblat. Buenos Aires: Emecé, 1943.
- _. *Cartas y relaciones del estrecho de Magallanes*. Ed. Joaquín Zuleta Carrandi. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2021.
- STEELE, PAUL R. Y CATHERINE J. ALLEN. *Handbook of Inca Mythology*. Santa Barbara: ABC-CLIO, 2004.
- TÁCITO. *Historias*. Ed. de José Luis Moralejo Álvarez. Madrid: Akal, 1990.
- _. *Anales*. Trad. José Tapia. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

- ZAMORA, MARGARITA. *Reading Columbus*. Berkeley: University of California Press, 1993.
- ZULETA CARRANDI, JOAQUÍN. “Fundación, fabulación, alegoría y fraude: la imagen de Manco Cápac en la *Historia índica* (1572) de Pedro Sarmiento de Gamboa y en los *Comentarios reales* (1609) del Inca Garcilaso de la Vega”. *Revista Alea* 22/1 (2020): 139-162.
- ZULETA CARRADI, JOAQUÍN Y ANDRÉS EICHMANN,. “Edición y traducción de la ‘Carta a lord Burghley’ de Pedro Sarmiento de Gamboa”. *Hipogrifo* 4/1 (2016): 23-42.
- ZULETA CARRANDI, JOAQUÍN Y SOLEDAD GONZÁLEZ DÍAZ. “Narración y argumentación en la *Historia índica* (1572) de Pedro Sarmiento de Gamboa”. *Estudios Atacameños* 61 (2019): 27-47.